

LIBRO VIGÉSIMO TERCERO

I

Echemos una rápida ojeada sobre el imperio otomano y los Estados de la Europa cristiana, en el momento en que el hijo del gran Soliman II acaba de lanzar el último suspiro, y procuremos ver en la constitucion orgánica de estas dos grandes divisiones del Asia, del Africa y de la Europa, la causa de la decadencia de los otomanos y del engrandecimiento de los cristianos.

El imperio otomano no habia sufrido aun ninguno

de esos desmembramientos de poblacion, de tierra ó de mar que debilitan ó rebajan los Estados. Su geografia intacta presentaba á la vista una de las mas vastas dominaciones unidas por la religion, la raza y las armas, que se haya visto jamás bajo la mano de un hombre. Cuarenta gobiernos ó virreinautos absolutos componian el imperio, y estos gobiernos eran casi todos reinos.

Estas cuarenta satrapías eran, en Europa: la Hungría, la Bosnia, la Rumelia, la isla de Candía, la Grecia, el Archipiélago, la Macedonia, la Tracia, la Servia, la Bulgaria; en Africa: el Egipto, Argel. los reinos de Tunez y de Trípoli; en Asia: la Anatolia comprendiendo toda la península del Asia Menor, la Caramania, el reino de Chipre, la Siria, la Mesopotamia, la Georgia, el país del Cáucaso, Bagdad y las márgenes del Eufrates y el Tigris, el reino de Trebisonda, el de Jerusalén, Bassora, Mossul, el Diarbekir, las provincias de las dos Arabias, que guarnecen el mar Rojo, Aden y una parte del mar de las Indias, en fin la Crimea y parte de la Tartaria, etc.

A estos gobiernos se unian como dominacion indirecta los países tributarios; cuyos príncipes sujetos á sus leyes eran nombrados por la Puerta: la Transilvania, la Moldavia, la Valaquia, la república de Ragusa, y algunas veces la Polonia, de suerte que los

veinte reinos de Pirro, de Perseo, de los reyes Búlgaros, de los Tolomeos, de Cartago, de los Numidas, de Mitridates, de Antioco, de Attalus, de Prusias, de Heródes, de Tigranes, de los soberanos de Capadocia, de Comagenes, de Cilicia, de Iberia, de Escitia, y de los Parthos, escollo eterno de Roma, formaban al rededor de Constantinopla, la capital de tres continentes, el centro, los rayos y la circunferencia de un imperio superior en extension, clima, poblacion y fertilidad al universo romano.

Tal era este imperio el 18 de enero de 1595, el dia en que los pregoneros y el cañon del serrallo anunciaban á los habitantes de Constantinopla la muerte de Amurat y el advenimiento de Mahomet III, hijo de este soberano y de la sultana veneciana Safiyé. ¡Qué herencia para un pueblo que hubiera sabido reinar y administrar como sabia combatir y conquistar! Pero justamente el genio administrativo faltaba al Oriente y se revelaba en el Occidente. El islamismo no sabia mas que crecer y subyugar: el cristianismo asimilaba y gobernaba sus conquistas.

Este espíritu de asimilacion y de gobierno, que los egipcios en Africa, los griegos y los romanos en Europa, habian legado al Occidente cristiano, debia dar en pocos años la superioridad á las razas de accion y de progreso de la Europa sobre las razas pa-

triarcales, heróicas pero ociosas despues de la victoria, del Oriente. Por un fenómeno providencial, que no se repitió jamás en tan vasta escala como en esta lucha de dos siglos entre el Occidente cristiano y el Oriente mahometano, el trabajo en vez de la guerra dió el mundo. Es verdad que la guerra es un trabajo tambien, pero trabajo estéril. La actividad constante y fecunda de las razas es la ley de su preponderancia universal. El imperio del mundo, digan lo que quieran los escépticos miopes, no pertenece al robo y al asesinato, sino al trabajo, que constituye la moralidad de las naciones.

II

Ahora bien, el Oriente comenzaba a descansar de sus conquistas, y el Occidente á trabajar. Sus príncipes y sus Estados, contenidos y equilibrados los unos por los otros, habian comenzado á comprender que la monarquía universal, por medio de la religion ó de las armas, era una sangrienta quimera que sublevaria todas las demás familias nacionales contra los ambiciosos ó fanáticos que se atreverian á soñarla

en Europa. En lugar de conquistar, procuraban gobernar. La emulacion de la buena administracion, de la agricultura, de la industria, de las artes, de las ciencias, de las letras, de la division del trabajo, de la navegacion, del descubrimiento de las tierras, de los continentes nuevos, de la disciplina, del armamento, de la táctica de los ejércitos permanentes, habian sucedido en Europa á la emulacion de exterminar ó subyugar á los hombres. Hasta las guerras civiles se habian apagado ó adormecido, las guerras religiosas se apaciguaban por el cansancio de los contendientes; el sistema de las alianzas y del equilibrio europeo creaba un derecho público y una diplomacia que convertia las mayores y menores potencias del Occidente en una confederacion en que cada miembro era responsable de la independencia de todos los demás.

Los congresos hacian una distribucion mas equitativa y nacional de los territorios. El imperio, demasiado vasto, de Cárlos V se desmembraba en provecho de la ponderacion de los reinos y repúblicas; el débil se apoyaba en el fuerte; la Hungría se asimilaba á la Alemania, la Rusia Blanca á la Polonia, la Italia septentrional á la Francia, el reino de Nápoles y la Sicilia á la España, la Holanda á la Inglaterra, Venecia al nuevo imperio romano. Una liga, seme-

jante á la que habia reunido en una sola falange defensiva á las repúblicas independientes de la Grecia, prevalecia en el fondo para la defensa comun de la Europa sobre la rivalidad de estas potencias cristianas entre sí. No era la cruzada religiosa de la edad media, era la cruzada de la nacionalidad europea y de la civilizacion.

Tal era la situacion respectiva de la Europa y de la Turquía en los últimos dias del siglo XVI y en los primeros del XVII, al subir al trono Mahomet III.

III

La sultana veneciana Safiyé, convertida en sultana Validé, madre del emperador, habia sido durante la vida de su esposo Amurat III, el verdadero é inmutable gran visir del reinado. Como Livia y Agripina habian ocultado á los romanos la muerte de sus esposos Augusto y Claudio para preparar mejor la transicion al reinado futuro, Safiyé habia ocultado á los otomanos la de Amurat para dar lugar á que viniese á Constantinopla su hijo Mahomet. Este príncipe, que esperaba el trono en el palacio de Magnesia, fué el

el último de los emperadores turcos en cuyo provecho tuvieron que apelar á este subterfugio los visires ó las sultanas.

IV

Mahomet III, seguro de la vigilancia de su madre, la sultana Safiyé, al rededor del trono, no precipitó su vuelta á Constantinopla. No desembarcó en ella con su acompañamiento hasta el duodécimo día despues de la muerte de su padre. El momento de su elevacion al trono fué la señal de la muerte de todos los príncipes hermanos suyos, culpables de tener en sus venas una gota de su misma sangre. Jamás habia costado mayor sacrificio el prestigio monárquico.

Amurat III habia tenido ciento dos hijos de sus mujeres ó de las innumerables esclavas de su haren. Veintisiete hijas y veinte príncipes vivian en el serrallo el dia de su muerte. La ley constitutiva de la dinastía dejaba vivir á las hijas á condicion de matar á sus hijos varones, y decretaba la inmolacion de los príncipes. Diez y nueve hermanos del sultan, de todas edades, desde la cuna hasta la adolescencia y la

virilidad, recibieron la sentencia de su muerte con el estampido del cañon del serrallo, que anunciaba la de su padre. La sultana veneciana Safiyé, aunque cristiana de origen, en correspondencia con reinas cristianas y en intimidad con sus compatriotas venecianos, estaba tan familiarizada con la sangrienta razon de Estado de los otomanos, y tenia tanta ambicion de seguir reinando, que no opuso la mas leve dificultad ni parece que tuvo ningun escrúpulo ni compasion de tantos homicidios.

Entre estas víctimas de la unidad monárquica, un príncipe, dotado con todos los dones de la naturaleza, del ingenio y de la educacion, inspiro lástima á todo el imperio; este era el príncipe Mustafá, hijo segundo de Amurat, ya entrado en años, á quien la naturaleza parecia que habia formado para el trono á imájen de su abuelo Soliman II, y la política condenaba á morir. Apesar de la discrecion del serrallo, la fama de la gracia, del carácter y del talento innato de este jóven se habia difundido por el imperio. Una popularidad misteriosa servía de aureola á su nombre; ella era un título mas para el suplicio. Mustafá, discípulo del primer poeta lírico del siglo, de Baki (el inmortal) que vivia todavía, no murmuró contra una muerte á que sabia se hallaba condenado por su nacimiento. Unicamente en la noche que precedió á

su catástrofe escribió una elegía tierna y resignada que contenia en versos bañados de lágrimas su despedida de la existencia. Todavía viven algunos versos de esta composicion, que recuerdan las fúnebres imprecaciones del poeta francés Andrés Chenier á sus verdugos. Andrés Chenier habia nacido como él en Constantinopla.

El drama interior de esta atroz carnicería permaneció sepultado en las tinieblas, en el horror sin eco de los mudos que la ejecutaron. Los crímenes de estado necesitan el silencio. Por eso la monarquía oriental habia arrancado la lengua á sus verdugos. El crimen de la noche lo revelaron al dia siguiente los diez y nueve cadáveres amontonados delante del trono, ántes de ser sepultados en la misma mezquita que su padre.

V

Ferhad-bajá, envejecido en las guerras de Persia, fué nombrado gran visir en lugar de Sinan-bajá, que volvió por tercera vez á su suntuoso destierro de Malghara. Ferhad estaba casado con una hija de la

sultana Safiyé. Esta princesa gobernó bajo su hijo Mohammed III desde el fondo del haren, aun mas absolutamente que en tiempo de Amurat.

Ferhad, para vengar las incursiones de los alemanes y de los húngaros en la Valaquia, llamó al ejército á la guerra del Danubio. Los spahis se negaron á ponerse en marcha si no se satisfacian sus exigencias de gratificaciones y privilegios. Ferhad armó contra ellos á los genízaros y dispersó la reunion sediciosa de los spahis. Desterró á los dos antiguos visires Cicala y Siawusch, apesar de que eran yernos como él de la sultana Safiyé. Se sospechaba que habian sido los promovedores secretos de la agitacion de los spahis para desacreditar á Ferhad.

Unas vísperas sicilianas de los valacos contra la guarnicion turca de Giurgewo, apresuró la marcha del ejército á la Valaquia. Apenas se pusieron en camino, los soldados arrancaron durante la noche las colas de caballos que flotaban delante de la tienda del gran visir en campaña, y la bola de oro que decoraba el palo céntrico de su pabellon. Este síntoma del descontento de las tropas pareció un presagio de reveses.

El antiguo favorito de Amurat III, Ibrahim-bajá, yerno tambien de la Validé veneciana, fué nombrado caimakan en ausencia de Ferhad. El puesto de caimakan era una especie de tenencia general del impe-

rio y de la capital, una especie de dictadura universal y temporal, que daba al hombre investido con este título toda la autoridad del gran visir y de generalísimo en Constantinopla. Ibrahim, que ambicionaba por sí mismo el empleo de gran visir, se sirvió de su autoridad y de su influjo para desacreditar á Ferhad.

VI

Mientras presenciaba el gran visir el paso del ejército á la orilla valaca del Danubio, Ibrahim obtuvo del jóven sultan su sentencia de muerte. Su crimen consistia en haber dicho á los spahis rebelados que « si no respetaban la disciplina, sus mujeres serian eternamente estériles. » Esta maldicion impia para los musulmanes pareció á sus enemigos un imperdonable ultraje á los soldados.

Instruido por sus confidentes del serrallo y por su mujer, de la trama urdida en Constantinopla contra él, Ferhad no aguardó con su resignacion acostumbrada el puñal ó el cordon de su señor. Huyó del campamento ántes de la llegada de su verdugo llevándose tres mil caballos, y se dirigió á Constantinopla.

El gran visir Sinan, colocado en lugar suyo por Ibrahim, avanzó por su parte con veinte mil genizaros para ir á tomar el mando en jefe del ejército. Los dos grandes visires se encontraron casualmente en las cercanías de Ostranidja. « La cabeza del rebelde es « para mí, sus tesoros para vosotros, » dijo Sinan á sus genizaros. Ferhad, intimidado por el número y por la gravedad del crimen, se retiró á una colina con su caballería, y contempló desde allí el saqueo de su fortuna y de sus tiendas á que se entregaron los genizaros; metiéndose luego en los bosques de la Bulgaria, llegó sin haber sido perseguido á una granja que poseía no lejos de la capital. La intercesion de su suegra, la sultana Validé y los presentes ofrecidos al sultan en nombre suyo por su banquero Salomón, alcanzaron su perdon. Su soberano le envió un katischerif (orden sin apelacion del sultan, superior á cualquiera otra que emanase del gobierno), autorizándolo para que viviera tranquilamente en su quinta de Litrof.

Pero el aborrecimiento del caimakan Ibrahim que parecia haberse apaciguado á consecuencia de la proteccion de Safiyé, lo acompañó y persiguió hasta su refugio. En el momento en que el infortunado Ferhad comenzaba á recibir las visitas y felicitaciones de sus amigos en su retiro, el bostandji-baschi fué á

prenderlo para llevarlo al castillo de las Siete Torres, vestibulo del suplicio. Allí fué extrangulado jurídicamente tres dias despues por orden del caimakan, ratificada por el sultan. Safiyé habia intentado evitar este golpe fatal que caia sobre su protegido.

Una casualidad funesta para Ferhad habia ofendido al sultan, celoso de su autoridad soberana. Cicalabajá, otro yerno de la Validé, que habia recibido orden de partir por el ejército de Hungría, quiso comprar los caballos de Ferhad, que se hallaba á la sazón desgraciado y confinado en su quinta. La sultana madre mandó llamar á Cicala y le prohibió comprar las caballerizas del antiguo visir. Esta prohibicion le pareció á Cicala un indicio del proyecto que abrigaba la sultana de volver á colocar pronto en el poder á su favorito. Refirió pues esta circunstancia al sultan, quien se indignó de saber que su madre prohibia en secreto lo que él ordenaba públicamente. La cabeza de Ferhad fué entregada á sus enemigos.

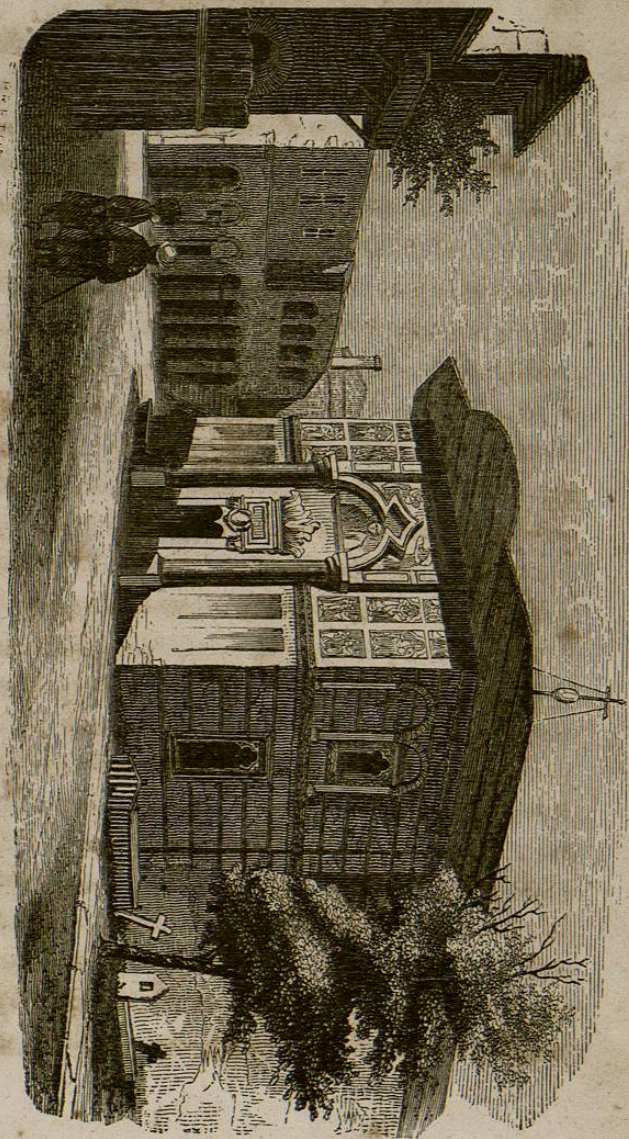
VII

La campaña de Sinan en Valaquia comenzó con reveses; el ejército turco pereció despues de una

larga batalla en los pantanos de Kalugeran. El mismo Sinan, medio sumergido con su caballo en el fango, debió su salvacion al vigor de un soldado de su escolta, llamado Hassan, que recibió por aquel suceso el epíteto de *Hassan del Pantano*, ilustrado despues por su valor. Un prisionero valaco arrojó la muerte con serenidad, quemando el depósito de pólvora de las tropas otomanas.

El gran visir, reorganizó su ejército y marchó sobre Tergowischt. Miguel, príncipe independiente de los valacos, lo expulsó de allí despues de un sitio de algunos dias. Sinan volvió á replegarse á Bucharest y á Giurgewo con los restos de su ejército. Aun lo alcanzó Miguel atravesando el puente del Danubio, y volándolo lo precipitó con toda su artillería en el rio.

Durante estos desastres del gran visir en Valaquia, un ejército austriaco y húngaro, mandado por el príncipe Mansfeld sitiaba la ciudad fuerte de Gran, en Hungría. El hijo del gran visir, Sinan, perdió allí el tercer ejército queriendo socorrer á Gran. Gran sucumbió despues de la muerte de su intrépido defensor, Kara-Alí (Alí el Negro), que murió en la brecha. Apesar de una capitulacion que aseguraba á las mueres y los hijos de los turcos sus vidas y sus propiedades, el pillaje, la violencia, los asesinatos que



IGLESIA EN BUCHAREST.

cometieron los alemanes y los húngaros en Gran, deshonraron la humanidad y la lealtad de los vencedores. Los monumentos, las estatuas, los cuadros, las bibliotecas, respetados por los turcos en la época de la conquista de Gran, desaparecieron bajo el hierro y el fuego de la soldadesca alemana.

Una fracción del imperio parecía que se hundía por la parte del Danubio con estos desastres. Ibraila, Varna, Kilia, Ismail, Silistria, Rutschuk, Bucharest, Akhermann, cayeron en poder de los valacos, de los alemanes y de los húngaros confederados. El terror refluyó hasta el serrallo. El sultan mandó hacer rogativas públicas en la plaza del Okmeidan para conjurar la ruina de las fronteras de Europa. Un temblor de tierra respondió con las calamidades de la naturaleza á las calamidades de la guerra. El gran visir de vuelta en Constantinopla se humilló bajo el peso de sus desgracias, y se retiró por la cuarta vez al desierto de los visires, á Malghara.

Un hijo de la nodriza del sultan, Lala-Mohammed, fué nombrado gran visir á instancias de las mujeres del haren : era hijo de un pobre naim de un pueblo inmediato á Magnesia, que habia entrado en el palacio como simple tchausch, subido de grado en grado hasta el rango de defterdar, merced á su título de hermano de leche de Amurat ; mas tarde habia sido

nombrado preceptor ó lala de Mahomet III en su juventud; y por último, el favor doméstico lo elevó por tres dias á la mas alta de las dignidades. Una muerte natural le impidió el gozar de ella por mas tiempo.

Sinan-bajá, aunque de edad de ochenta años, fué llamado de su destierro de Malghara para que presentase al trono que corria peligro los servicios de su experiencia. Este era su quinto reinado. La edad no le habia amortiguado su ambicion ni corregido su rudeza; los historiadores otomanos lo comparan al Mario romano, siete veces desterrado, siete veces cónsul, y siempre cruel.

No obstante su complicidad con el favorito Ibrahim, caimakan conjurado contra Ferhad, Sinan se declaró en el primer divan enemigo implacable del favorito. Era menester atribuir á alguno la responsabilidad de los reveses de la fortuna otomana, y hacerle cargar con su ignominia. « ¡ Vos sois, le dijo á Ibrahim, quien ha atraido, sobre la nacion, en vuestra calidad de caimakan, todos los desastres de estas campañas; vos sois quien ha enviado á la guerra soldados insubordinados y generales incapaces! » Y como Ibrahim tratase de balbuciar una justificacion ante el sultan, Sinan se levantó y sacando de la sala á Ibrahim cogido por la cintura, con el calor y la energía de un jóven :

« ¡ Dicen que soy viejo y decrepito, exclamó con voz de trueno; si Ibrahim afecta creer en mi decadencia, que salga, que baje al patio, que luche conmigo, sea cuerpo á cuerpo con nuestros brazos, sea á caballo con nuestros sables, y que el sultan adjudique el gobierno al vencedor! » El sultan, ruborizándose de su inacción en la flor de la juventud en presencia de un anciano, á quien el interés por el imperio volvia el verdor y la cólera de sus primeros dias, cedió por fin a las instancias de Sinan, y marchó en la primavera con ciento cincuenta mil hombres al Danubio.

Sinan murió por desgracia ántes de comenzar la campaña que habia preparado y que iba á mandar en persona. Su herencia igualaba la fortuna de un rey. La Europa, el Asia y el Africa habian contribuido á ella en el largo curso de su vida. El inventario de su fortuna, conservado hasta nuestros dias, enumera veinte cajones de oro en barras, quince rosarios de perlas grandes, treinta nudos de diamantes, veinte urnas de oro molido, veinte jarros del mismo metal, un juego de ajedrez, siete manteles de cuero salpicados de diamantes, diez y seis pantallas de chimenea, diez y seis sillas de caballos, treinta y cuatro estribos, treinta y dos corazas incrustadas de rubies, ciento cuarenta cascos, ciento veinte cinturones, diez

y seis brazales con pedrería, vajillas de plata cincelada, seiscientas pieles de cebellina, otras seiscientas de linco, treinta pellizas de zorros negros, dos mil piezas de tela de oro y seda, cerca de sesenta fanegas de perlas, seiscientos mil ducados de oro y dos millones de piastras en plata.

Estas riquezas encontradas al fin de sus días en los subterráneos de los generales ó de los visires, atestiguan el temor de la confiscacion, la organizacion viciosa de la propiedad en Turquía. Estos tesoros estancados empobrecian el país en vez de hacerlo prosperar. La única riqueza útil es la que se fia á la tierra y se reproduce con el trabajo. El oro de Méjico empobrecia ya á los españoles; las riquezas del Oriente y de la Europa iban á empobrecer á los otomanos.

Ibrahim ocupó por fin el puesto de gran visir en lugar de Sinan.

VIII

La sultana Validé temia la partida de su hijo al Danubio. Desesperada de ver alejarse de su lado al que le servia de pantalla para reinar, Safiyé, aunque

veneciana de patria y cristiana por reminiscencia, tramó la degollacion general de los cristianos de todo el imperio, á imitacion de Catalina de Médicis, que habia embriagado á su hijo Carlos IX con la sangre de la San Barthelemy. El horror de este crimen lo hizo abortar en el haren, en donde habia sido concebido. El sultan se limitó á desterrar de Constantinopla á todos los griegos cristianos que no estaban establecidos de tiempo inmemorial en la capital. Para consolar á su madre del sentimiento que le causaba su partida, aumentó su dotacion con tres mil piastras por día, trescientas mil de gratificacion por año, y un millon tambien anual para pantuflas y vestidos.

Mahomet III salió de Constantinopla el 21 de junio de 1596. El gran visir Ibrahim mandaba el ejército: el secretario de estado Seadeddin, la lumbrera del consejo durante dos reinados, dirigia los negocios civiles y diplomáticos bajo la inspeccion del gran visir. Seadeddin, hombre principal en una situacion secundaria, fué el alma de la expedicion.

Al llegar al pié de los muros de Erlau, en Hungría, el sultan intimó la rendicion á la ciudad. — « Yo ju-
« ro, por el caballo que monto y por el sable que ci-
« ño, dijo en su intimacion al ejército húngaro de
« Erlan, que os dejaré salir y retiraros sin obstáculo